

EL MONJE ERRANTE: CAMINO HACIA LA CONTEMPLACIÓN

DOMINGO BARBOLLA CAMARERO

**EL MONJE ERRANTE: CAMINO
HACIA LA CONTEMPLACIÓN**

EDITORIAL SINDÉRESIS

2026

El monje errante: camino hacia la contemplación

1^a edición, 2026

© Domingo Barbolla Camarero

© 2026, editorial Sindéresis
Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España
info@editorialsnderesis.com
www.editorialsnderesis.com

ISBN: 979-13-87929-42-8
Depósito legal: M-2925-2026
Produce: Óscar Alba Ramos

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Dedicado a mi hijo David, él me esta enseñando a escribir fruto de su inmensa sabiduría en esto de las letras. Gracias hijo, y que el resto de los hombres disfruten de tus letras como lo hago yo.

ÍNDICE

Prólogo de Sixto Castro	11
1.- El porqué de este libro.....	17
2.- Cien días.....	21
3.- El monje errante 1 ^a parte: saliendo de la Abadía.....	99
4.- Regla de la Abadía de monjes errantes	157

Prólogo

Dominicus Jerónimos dejó hace tiempo de ser prior de la abadía virtual de Ura, un lugar de orden y concierto de voces, de ritmos pausados y medidos, aposentados en la sabiduría de siglos, con sus muros cibernéticos y sus hermanos internáuticos. Allí hubo de ocuparse de la formación de los monjes que habitaron y consagraron esa región del ciberespacio. Esa experiencia tan nueva se plasmó en su día en dos textos: *Espiritualidad para la Nueva Civilización. Los monjes del ciberespacio en la Abadía de Ura y Diálogos con Dios. Enseñanzas del Prior de Ura.*

Esa abadía, como toda obra humana, llegó también a su fin. Dominicus pasó entonces a ser un monje errante, despojado de ese orden heredado para buscar otra forma de regla, distinta pero análoga, que le permitiese vislumbrar a Aquel que habita en una tiniebla impenetrable. Se puso así en la segura senda de Tomás de Aquino y de sus predecesores convencidos de la verdad del apofatismo. Entre ellos está, cómo no, el autor de *La nube del no saber*, tan cara a Dominicus. Dejado el monasterio, parece necesario que se constituya un “monacato de monjes errantes abiertos a todas las sensibilidades de la Iglesia (o de otras confesiones), haciendo comunidad con cualquiera y asistiendo a los ritos en donde se esté, pero de forma especial viviendo el monacato en el trabajo, familia, amigos y sociedad en general. Consagrados a la divinidad”. Ese es el secreto que concluye el libro. Para llegar a desvelarlo, le pareció conveniente al monje que el texto viniese de lejos, de antes, de siempre, como el pianísimo que abre la célebre sinfonía beethoveniana, en la que surge la música como si siempre hubiese estado ahí, a la

espera de que se diese el momento preciso y adecuado para hacerse audible. Ese tiempo propicio, por la razón que sea –o por ninguna que se pueda decir– ha llegado, y la melodía acompañada del monje errante sale en silencio a la superficie. Lo que latía en lo viejo se hace patente en lo nuevo, como decía el santo de Hipona.

El protagonista de este secreto es, obviamente, el monje. Cada uno de nosotros pertenecemos a esa estirpe del *monachós*. Todos estamos bien surtidos de nuestra porción de soledad, que es parte del misterio que somos. Esta, como enseña *El monje errante: camino hacia la contemplación* –el libro que nos convoca–, es necesaria y conveniente para emprender el viaje interior por los caminos de lo divino. En él habrá añoranzas del frío cálido del recinto sacro abandonado y, sin duda, expectativas deslavazadas en no pocas ocasiones por las circunstancias.

Dominicus Jerónimos relata la salida de la abadía –un evento tan traumático sin duda como el ingreso en ella– a lo largo de cien días en los que la conciencia se desnuda buscando la contemplación de lo divino. Ante Dios no valen subterfugios ni vestiduras vegetales que oculten la vergüenza. Todo queda retratado una vez que el monje se decide a presentarse tal como se percibe, mirando hacia el punto focal de su vida –que eso y no otra cosa es el *convertere ad Dominum*– en esa búsqueda sin fin, pero plenificante. Es ahí donde se toma conciencia del “debería haber sido de otro modo”, bajo esa mirada nueva que exige ascesis y una nueva estética, es decir, una nueva forma de entender el modo de mirar, de oír, de tocar, de gustar, de oler... incluso de poner en práctica esos sentidos que nos son desconocidos y que, de vez en cuando, en presencia del Misterio, nos

hacen decir: “sí, Dios está presente”. La necesidad de ser perdonado y de perdonar, que son el haz y el envés de la conciencia de la limitación humana, pone ante el monje errante su esencial pequeñez. De ella es de donde surge una pregunta tras otra. No bastan las respuestas prefabricadas. Cuando Dios se convierte en la gran pregunta, el monje comprende que todas las ortodoxias tienen algo de heterodoxia y rechaza ese cierto punto de soberbia que, inevitablemente mora en toda formulación definitiva del “ser de Dios”. Ante el Misterio, todos somos monjes errantes, vagabundos erráticos en pos de una luz que titila en la oscuridad, y pequeñas almas que yerran cotidianamente en su seguimiento del Cristo de la fe. Cada una de las reflexiones que conforman estos cien días muestran que el monje es, en ocasiones, un campeón de la fe, deseoso de cumplir los votos que ha hecho y, en otras, un *oligopistós* que siente que su fe no le llega ni siquiera para acabar fielmente la jornada. Por eso, y por otras muchas razones, algunos abandonan por el camino; el monje errante, sin embargo, sigue adelante, provisto de una creencia robusta, que, si bien es cimbreada por los días, no se deja doblegar por cualquier viento.

El monje errante ha renunciado al hábito talar, pero se ha revestido del hábito severo de su decisión de entregarse a Dios. Este le ha infundido gracias y virtudes como alimento para su deambular. Vive en el mundo sin ser del mundo, transita por las ciudades agustinianas sin olvidar dónde tiene puesta su vista. Reconoce que, como narró Diogneto en su *Carta* –mucho antes que Saint-Exupéry–, lo esencial es invisible a los ojos. Eso invisible, intangible y a veces inimaginable es lo que ha conformado y nutrido a sus antepasados, en los que se mira con reverencia y

espíritu de imitación: los hombres y mujeres sacrificados, desprendidos y morigerados que en la historia han sido constituyentes para el monje parte de una tradición que le ha traducido la experiencia fundamental de lo divino. Son hombres y mujeres de otro tiempo, que forjaron un modo de vivir la vida cristiana que configuró toda una cultura, seres “ordenados en la sacralidad” –así los concibe Dominicus–; es necesario reinterpretarlos y revivirlos fuera de los muros del cenobio, en este mundo de hoy, culturalmente muy diferente del de San Benito, los anacoretas y los Padres del desierto. Es en lo cotidiano, en lo que damos por sentado sin que nunca nos suponga una *magna quaestio*, como le planteó a San Agustín la muerte de su amigo, donde hay que establecer tiempos y espacios sacros, separados, dedicados a Dios, al Misterio, a la santidad... Es por estos lares del día a día donde hay que purificar la propia vida de la maldad que parece constitutiva de la condición humana y que no deja de causar desasosiego al monje que, al tiempo que se pregunta por su lugar en la creación, busca erradicarla para entregarle a Dios la realidad tal como salió de Él y se espera que a Él vuelva.

Este es lugar que ha elegido el monje errante: el desierto de lo cotidiano. No es baladí, porque el desierto es el espacio privilegiado de la experiencia. Damian Byrne, maestro general de la Orden de Predicadores, en su visita la casa noviciado de los dominicos allá por finales de los años ochenta del siglo XX, quizás atosigado por la romanidad, a veces tan palaciega y cortesana, sentenció: “Esto es verdaderamente el desierto”. Comenzar la vida de monje errante es hacer un noviciado, hacer todas las cosas nuevas para verlas en su pureza, en su ser prístino, mascando el tiempo en cada instante. Tanto *tempus* como *tempetas*, los dos principales sentidos del término “tiempo” en

castellano, ponen a prueba al monje. Los meteoros testan su dureza corporal; la duración, su calidad espiritual. Por algo los místicos –y el mismo Jesús– se retiran a orar a ese espacio inhóspito que, al ser contemplado en lo que es, se vuelve hospitalario para el monje resistente.

El monje nos relata en el texto sus tentaciones, de muy distinto calibre; de todas ellas pide a Dios que le libre, aunque sabe que le van a forjar, y de qué manera. Sin embargo la vida monacal no está constituida solo por tentaciones. San Antonio tiene muchas más cosas que contar. El diálogo interior del monje errante nos entrega reflexiones sapienciales, perlas de prudencia y oraciones sentidas en las que implora fortaleza, perseverancia y la voluntad presta para no ceder a la acedia tan temida por los monjes. Pero el monje cae, y pide perdón. Es humano. También sueña y se vuelve hermeneuta de sus ensueños divinas. Claro que es cierto lo que decía aquel filósofo: es lo mismo afirmar que Dios nos habla en sueños que soñar que Dios nos habla. Porque el sueño y el soñar no son –qué errados andamos–, resultados de elaboraciones residuales; son, de hecho, una de tantas puertas de entrada de lo sagrado, que no siempre gusta de habitar en el esquema exigente de los conceptos. Las imágenes oníricas son también señales de lo divino, como tantas otras realidades que desvelan al monje: los hijos, el amor, la luz, los amigos, la soledad, el olvido... Todas ellas son iconos de aquello de lo que son imágenes. Si no se ponderan en su justa medida, suelen devenir ídolos que nos enredan en sus manejos y en sus madejas. Si se comprenden monacialmente, las imágenes, como los espacios y los tiempos que se consagran, hacen hueco para las teofanías inesperadas y recibidas como gracia, que dan lugar a convicciones indisputables.

Tales conforman el vivir cotidiano del monje errante. Son parte del obrar misericordioso de Dios, como lo es su silencio, a veces desasosegante y angustioso, porque no se comprende que, en realidad es, como dejó dicho el escritor sagrado, un susurro en el que Dios se hace presente en el misterio de lo creado, que habla de Dios sin ser Dios. Una imagen icónica. Lo demás son ruidos que atruenan y ciegan, ídolos hechura de manos humanas, que no ven, ni huelen ni oyen ni hablan.

En fin, el texto que tenemos entre manos habla de todo esto o, mejor dicho, deja que todo esto hable. Y, sobre todo, da voz al tiempo: invita a habitar el instante –“cada instante debería ser la plenitud sin más”, dice el monje– de manera confiada, con la vista puesta en la eternidad, que es su envés; es la misma realidad vista con otros ojos. La eternidad es otro nombre para *algo así como* un tiempo que no alcanzamos a comprender. No hay que temer. Tampoco entendemos el tiempo como tal. El monje reconoce todo esto y sabe que el tiempo es una criatura. Dios es Señor del tiempo, de la historia, hasta que llegue esa revelación final de la que el monje pretende ser figura ya, en esta hora. Acontecerá y entonces cantaremos como San Agustín en *La ciudad de Dios*—el monje errante me permitirá que le hable en el lenguaje de sus ancestros—: *‘Ibi vacabimus et videbimus, videbimus et amabimus, amabimus et laudabimus. Ecce quod erit in fine sine fine. Nam quis alius noster est finis nisi pervenire ad Regnum, cuius nullus est finis?’*. No cabe mayor esperanza que la que nos infunde el monje errante al pedirnos que centremos la mirada en la vida plena. Con él, *speramus et expectamus*.

Sixto Castro

1.- El porqué de este libro

El monje errante, camino hacia la contemplación, primera y segunda parte, es una continuidad de lo emprendido hace años que quedó reflejado en el primer texto que llegó a las librerías con ese título. Después de él, más de diez años de silencio hasta que un día –concretamente el dos de junio de 2024, festividad del Corpus– se me impuso prolongar a través de la escritura contemplativa el dar continuidad a la búsqueda del Creador, del dador de la vida de toda criatura que recorre el tiempo y el espacio ante nuestra conciencia. Diez años pasados entre los dos acontecimientos y a la vez un único enlace en la memoria que da sentido al inicio del mismo y a su ahora continuación. Así es el tiempo, porción del pensamiento que se aleja y acerca dependiendo de lo que solemos llamar misterio.

Hoy es el día, el ahora que quiere permanecer en la memoria a través de las páginas del libro y, sobre todo, alimentar mi alma al dirigirme al Dios que nos mantiene “de momento en momento”, como dijera Edith Stein en su obra *Ser finito, ser infinito*. No conozco otra forma mejor que dejar que surja el aroma de mi alma en este tiempo antes del amanecer. Lo necesito antes de abandonar el tiempo-espacio como misterio de mi existencia. Es ahora o no lo será nunca, a la vez que pueda ser una invitación a otros que pueblen el mismo firmamento allá en un futuro remoto como lo fue el libro *La nube del no saber* del monje místico en el siglo XIV y que alimentó mi alma. El misterio se ha de desvelar ante estas páginas como

meta en desarrollo; para ello pido al Dios de la vida me acompañe, pues entregado estoy ante el mayor desafío y necesidad de mi conciencia. No solo pido, sino suplico, se me conceda bañarme en las aguas primigenias del principio de la vida, del manantial del que brota la vida y serenamente contemplar el misterio previo a su origen. Decidme, amigos del futuro, si tal empresa no merece la pena; decidme si a vosotros os pasa lo mismo y en el texto buscáis veredas por las que acortar el camino en la dirección adecuada; decidme si este no es el sueño de cualquier alma, decidme. Estoy, estamos, abocados al encuentro con el Misterio y, de no hacerlo, despojarnos de la razón y esperar el tránsito a la locura, al sin sentido. Nada tiene sentido sin tener sentido, pues ya nos hemos despojado de la condición animal y estamos arrastrados a recrear la vida desde la lógica de la verdad y esta en su máxima expresión es Dios mismo. Dirigir la mirada al sentido final es crear el orden de la sacralidad, orden que busca alimentar nuestra esencia de seres humanos en su máxima expresión. Monjes errantes, seres ordenados hacia la sacralidad del Misterio, es el dibujo de estas páginas y de este hombre que por pura cordura se arroja el abismo de la fe.

Quizá este texto pueda servir para orientar –de ser yo orientado por el Espíritu– a otros que en este tiempo actual busquen en solitario desde el credo de Cristo nuestro Señor. Quizás, formando parte de la Iglesia del hombre resucitado, abierto a todas sus sensibilidades no esté con ninguna en su totalidad y transite por las veredas de los amplios campos que conducen a la dicha de la inmortalidad. Para todos ellos, entre los que me encuentro, respiremos ese tiempo eterno del después.

Confiar en la voluntad del Padre es la lógica más amplia de la inteligencia humana, en ella se expande la realidad y esta es absorbida como continuidad de la conciencia existente. Arrojado a ese principio del Espíritu es el recorrido fiel, inequívoco en el caminar humano; la dificultad está en discernir esa mirada guiadora ante la multiplicidad de formas que enmarcan el acontecer humano. Señor, confiado quedo a tu voluntad sin saber tan siquiera qué es ella de no mediar tú en ella. Lo acabo de ver en mi hija, su tesón y firmeza me hablan de ese algo más que la simple razón es incapaz de ver de no mediar tu razón ampliada, Señor. Hágase tu voluntad en estas líneas y en el recorrido de mi vida, a ella estoy sacramentado. De mediar solo mi razón apenas encontraré el camino, Señor; sé de tu sabiduría, entregada a ella quedo.

Una última apreciación: el primer libro que salió a imprenta bajo el título *El Monje errante. Camino hacia la contemplación*, tenía por autor a Dominicus Jerónimos, seudónimo de mí mismo al ser este el nombre como monje de la Abadía de Ura en donde ejercía el cargo de Prior, encargado, por tanto, de la formación y alimentación espiritual de los monjes del cibercespacio en la citada Abadía, virtual como buena parte de la realidad misma en este tiempo de espacio-tiempo fluido por las unidades de silicio y el carbono de nuestra biología. Dominicus como latinizado el padre que me vio nacer que a su vez reflejo su nombre en el mío, y Jerónimos como antesala de nosotros dos al ser mi abuelo bautizado con ese nombre en la Castilla profunda que lo albergó en su nacimiento, todo ello con el idioma que siglos atrás poblara, en más de un milenio, las tierras del Mediterráneo y de buena parte de Europa y de

sus ilustradas mentes. Revelado queda el enigma oculto en el primer texto.

Y ¿ahora qué? Eso quisiera saber yo, pues la única dirección, a la vez que meta, es el constante misterio, el Misterio con mayúscula que llamamos Dios. De saberlo es él, guiará mis pasos y sus letras como flecha voladora, en el decir del poeta chileno Pablo Neruda. Dirigidos estamos desde el comienzo hacia un destino final, hacia el final que ha de ser el verdadero comienzo. Dejará volar lo que de por sí vuela, el yo que delimita mi conciencia y el eterno fluir de eso que soy como apertura permanente si hemos de creer por una sola vez a Heidegger. Y bien digo por una sola vez, pues para nada estamos “arrojados” al mundo, más bien volamos sobre él en un instante prolongado de nostalgia por llegar. No nos adelantemos a lo que vendrá, dejémonos, entretanto, volar.